

encontraría alguna casa donde los cobijaran.

Más de una vez vaciló y se sintió desfallecer; pero sacaba fuerzas de flaqueza con aliento sobrehumano y apresuraba el paso, sin atreverse á mirar hacia atrás por miedo de ver que la perseguían.

Apenas había dado quinientos pasos, cuando Cocardasse llegó al puente; pero como la luz que llevaba Maturina acababa de apagarse, el gascón y los soldados no pudieron verla, ni sospecharon que Passepoil estaba allí un instante antes de llegar ellos.

## XV

**Amor sincero.**

Al alba, Maturina exhaló un suspiro de alivio. Hacía un momento que caminaba á la ventura, é ignoraba por completo dónde estaba, aunque consciente de haberse alejado del peligro. Su júbilo fué indecible al distinguir á corta distancia una choza de aspecto miserable.

Hizo su último esfuerzo y llamó: al prin-

cipio no obtuvo respuesta, como si estuviese deshabitada la cabaña. Después de diez minutos largos de dar rodillazos á la puerta se entreabrió una ventana lo suficiente para poder mirar quién llamaba.

Si en aquellos tiempos la prudencia era una necesidad y no podía abrirse una puerta sin saber á quién, en los alrededores de la *Granja Batelera* las precauciones eran mayores y más indispensables.

—¿Qué queréis?—respondió una voz hueraña.

—Abrid—suplicó Maturina.—Es un herido que necesita socorro.

—¡Otro bandido! ¡Llévale á la Piedad! Algo lejos está; pero si fuera yo á recoger á todos los que reciben cuchidadas por estos parajes, convertiría diez cabañas como ésta en hospital. ¡Largo pues, y gracias por tu regalo!

Otra que la normanda no hubiera insistido ante la rudeza irónica de aquella negativa; pero la valiente muchacha continuó suplicando: no lo hacía por ella. Quizás hizo bien, pues la dueña de la choza, lejos de cerrar el ventanillo, escuchó.

—Ordinariamente estos malandrines vienen por sus propios pies. ¿Cómo es que traes éste á hombros?

—Abridme primero, y os lo explicaré. Por

lo demás, tranquilizaos buena mujer: os pagaré lo que sea.

Los ojos de la inquilina brillaron de codicia, y dejó ver por entero sus arrugadas facciones. Era una vieja.

—¡Ah! Si tiene dinero, no necesito explicaciones. Pero ante todo enseñame el color de tu dinero, pues desconfío de la gente á quien no conozco.

Maturina tenía efectivamente dinero: no suyo, pues la *Bizca* pagaba á sus criadas más con injurias que en numerario; pero antes de abandonar el figón para siempre, y al apoderarse de las pistolas de su ama, se acordó de los escudos ganados con malas artes por la figonera á los diestros, y se propuso restituirlos á sus legítimos dueños. Como era honrada, caso de hallarlos muertos, se proponía gastarlos en sufragio de las almas del gascón y del normando. Armada, pues, de tan buenas intenciones y con la conciencia tranquila, vació en la mano uno de los bolsillos de su ama.

Fué una buena inspiración. Gracias á ella pudo deslizar un doble escudo en la mano huesosa, apergaminada y ganchuda de la vieja, y la puerta se abrió de par en par. Maturina entró. La inquilina era una especie de bruja esquelética. Estaba á medio vestir. Según pudo ver al encender la vieja, el antro contenía un

velón antiguo, una mesa coja, dos taburetes y un catre en un rincón. Fuera de la mujercita, no había en la choza otro ser viviente que un gato negro.

Maturina, como todas las aldeanas de su tiempo, tenía un gran fondo de superstición, y no se hallaba muy bien en aquel tabuco, por entre cuyas tablas silbaba el viento.

—No tengas miedo. Tu herido estará aquí mejor que en cualquiera otra parte. Aquí no hay nadie más que yo y mi gato. Échale en la cama. ¿Es grande la herida?

—No sé.

—Ahora lo veremos. Yo entiendo de eso, pequeña. Por esa razón me llaman bruja.

—¿Os comunicáis con el Diablo?—preguntó asustada y retrocediendo un paso.

—Hay imbéciles que así lo dicen, y yo dejo que lo digan. La verdad es que tengo mis remedios, y que he curado á muchos que esos burros de la Facultad daban por muertos ó poco menos. Entre nosotras, mira: esos señores, con su latín y sus sangrías, son unos animales que por casualidad no rebuznan.

La normanda no juzgó oportuno contradecirla, y la supuesta bruja prosiguió:

—Bueno; no chalemos tanto, joven, y veamos qué tiene ése. En primer lugar, un golpe bien dado en la frente. Debe de tener la

cabeza dura de veras para que no se la hayan abierto. ¡Bah! ¡No le quedará ni la señal! Si no tiene otro agujero en la piel, el mal no es muy grande.

Con precauciones y delicadeza que no se hubieran imaginado en ella, la viejecita quitó al diestro el colete, y descubrió la herida que le hizo el *Ballena*.

—¡Bah! ¡Tampoco esto es gravel!—murmuró.  
—Un arañazo, un poco de sangre perdida, y nada más. ¡Pero tu hombre apesta; está in-mundo!

—Tiene fiebre—dijo Maturina tocándole la frente.

—Dentro de un cuarto de hora no la tendrá, merced á una poción que voy á darle.

La anciana atizó el fuego, oculto bajo una capa de ceniza, cogió de un cofre carcomido unas yerbas secas, y las echó en agua hirviendo sin hacer signo alguno ni pronunciar palabras cabalísticas, como estilan las brujas.

Esto tranquilizó un tanto á Maturina. Una vez administrado el remedio á Amable, éste abrió los ojos, y manifestó cierta sorpresa al verse á medio vestir, en una casa desconocida y ante un semblante arrugado y apergaminado que no había visto en su vida. Á buen seguro que hubiera preferido ver el rostro fresco de su gentil paisana; pero

la vieja había ordenado á la joven que se retirase.

—¿Dónde estoy?—preguntó mirando á todos lados.

—¡Cierra el pico! —repuso rudamente la presunta bruja.—Luego te lo dirán, paisano; porque indudablemente eres bretón como yo, á juzgar por lo duro de tu testa. Por lo pronto, no tienes otra cosa mejor que hacer que dormir. Voy á quitarte los vestidos, que necesitan lavarse y secarse.

Así lo hizo. Le desnudó, le lavó y curó sus heridas, y tapándole con cuanto encontró á mano, se alejó de su lado. Fuese por su extremada laxitud, fuese por efecto del brebaje, el normando cerró los ojos y cayó en profundo sueño.

Las dos mujeres procedieron á la limpieza del vestido, que colgaron ante el hogar para que se secara, y fueron á sentarse cerca del herido.

—Ahora cuéntame lo sucedido, y sobre todo no mientas, porque te lo conoceré en la cara, y os planto en la puerta á ti y á tu hombre.

—¿Y por qué había de mentir?—replicó la moza, en quien no hacía mella la amenaza por lo que á ella se refería, pero que deseaba la curación de Passepoil.

—Ante todo, ¿quién eres y quién es él?

La vieja inspiraba á la normanda más temor que confianza; pero como no tenía costumbre de mentir ni le remordía lo más mínimo la conciencia, comenzó sin dificultad alguna á relatar los sucesos desde la primera visita de los dos diestros al figón de la *Bizca*.

—Bueno, joven. Ahora háblame con franqueza. Hay una cosa que no has querido decirme, y que quiero saber. ¿Por qué has hecho eso por él?

La moza enrojeció, y comenzó á rizar con los dedos la punta de su delantal, como quien realiza un trabajo delicado y difícil á conciencia. La vieja se rió y dijo:

—Bueno; ahora ya lo sé, y no pregunto más. No tengas cuidado: eres una brava moza, y dentro de una hora tu amado podrá decírtelo por su propia boca.

—¿Estáis segura de que curará?

—Y no será un milagro. El golpe de la cabeza le ha aturdido, y más su estancia en el agua: la otra herida es un rasguño sin importancia.

—¡Oh; gracias, muchas gracias!—dijo Maturina dando á la vieja otro escudo, argumento que conmovió profundamente á la inquietina.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó maternalmente cogiendo una mano de la moza.—Conozco á la *Bizca*, y creo que te valdría más no volver á su casa.

—¡Ni por pienso!—repuso con vivacidad la normanda.—Tanto más, cuanto que la banda de Gendry trataría de hacerme pagar caro...

—¿Y dónde piensas hallar un asilo? No creo que sea el señor Passepoil el que te lo proporcione.

Maturina se ruborizó de nuevo.

—¡Oh; no!—murmuró.—No podría irme con él á no ser que...

Se interrumpió perpleja sin poder acabar la frase.

—¿Á no ser que fuese tu marido? ¿Por qué no decirlo animosamente? ¡Vaya! Veo que eres honrada y digna. Está bien; pero eso no impide que te halles en una situación algo crítica.

—¡Á la gracia de Dios! No dejaré de encontrar en París una casa donde colocarme de criada.

—Escucha. Aunque para muchos soy una bruja porque conozco el empleo curativo de muchas yerbas y me sirvo de ellas cuando se presenta la ocasión, suelo hacer mucho más bien que mal á mis semejantes, y no

sé por qué razón no he de favorecerte. Si te avienes á estar algún tiempo sin ver á tu amado, prometo sacarte del atolladero.

Tal perspectiva asustó algo á la normanda.

—¿Será por mucho tiempo?—preguntó.

—Dependerá de ti. Desde luego, eres libre de aceptar ó rehusar. Tengo una hermana en las Benedictinas de Nuestra Señora de Leticia, y si quieres servir en el convento, podrás estar allí hasta que quieras. Pero ya comprenderás que allí no entran hombres, y mientras no te cases con él...

—¡Oh! ¡No se trata de eso! Un hombre como el señor Passepoil no va á quererme á mí. Ni me ha hablado siquiera.

—¡Ah, bah! No te quemes la sangre, chiquilla. ¡Ya te hablará! He leído en tu mano que llegarás á ser su esposa.

Maturina casi se desmayó de felicidad.

—¿Pronto?

—¡Oh! Eso si que no lo sé. Vamos; ¿aceptas?

—Sí; y os lo agradezco muy de veras. Al entrar aquí no creí encontrar tan buena mujer.

—Perfectamente. Déjame arreglar tus cosas, y sobre todo no digas á nadie palabra, y menos á él, de lo que hemos convenido.



Déjame arreglar las cosas, y sobre todo no digas á nadie palabra, y menos á él...

Continuaron charlando durante más de una hora, hasta que el normando entreabrió un ojo, y no tardó en abrir todo lo que podía los dos al distinguir á Maturina, que le contemplaba como en éxtasis. El sueño había reparado sus fuerzas y se sentía completamente bien, aunque con alguna pesadez de cabeza. Se apresuró á incorporarse, y miró en derredor suyo con la boca abierta.

—¡Calle! ¿Continúo en la *Cueva Hedionda*?

—No, señor Passepoil—balbuceó la moza estremeciéndose de emoción;—y no es culpa mía, porque bien os supliqué una y otra vez que no saliérais. Sin embargo, quizás valga más que estéis aquí.

—Seguramente—repuso la vieja:—aquí nadie vendrá á buscaros. Y si estáis en salvo, debéis agradecersele á esta hermosa, sin la cual hubierais entregado el alma á Dios al borde del albañal, y las ratas os habrían devorado.

—¿El albañal?...—preguntó él pasándose la mano por la frente.—¡No me acuerdo! ¡Ah, sí! ¡Gendry, el *Ballena*, esos bandidos!

—Por fortuna, no consiguieron mataros, señor Passepoil.

Éste se incorporó de nuevo y lanzó un grito.

—¡Cocardasse! ¿Qué es de Cocardasse?

Maturina bajó la cabeza y guardó silencio.

—¡Canallas! ¡Miserables!—aulló el diestro. ¡Los bellacos le han matado! ¡Cocardasse! ¡Mi amigo! ¡Mi hermano!

—¡Vaya! ¡Nada de burradas!—interrumpió la vieja con tono áspero y autoritario.—Probablemente, se habrá salvado por sí solo. En vez de lamentaros, más os valdría dar las gracias á esta brava moza, que tantos esfuerzos ha tenido que hacer por salvaros. Que os cuente ella misma el suceso, y ya veréis. Yo os dejo para ir á buscar agua y pan. Soy pobre, y, por lo tanto, no esperéis regalaros con la comida que voy á ofrecer.

Y la inquilina cogió un cántaro desportillado—todos los cacharros y utensilios de aquella casa estaban más ó menos inválidos por vejez vetusta—y se fué, haciendo sonar sus sandalias, y dejando mano á mano á los dos normandos.

En cuanto salió empezó la joven su relato, sentada á medias en el catre y abandonando una mano al galán, que la oía embobado: sus palabras sencillas y sinceras le hacían el efecto de un bálsamo maravilloso. Contemplando á Maturina olvidábase de cuantas mujeres había conocido, y se convencía de que no habla amado de veras hasta entonces. Por más que ella, tan modesta como amante, onitió buena parte

de lo que había hecho, la admiración de Amable era enorme.

—¿Eso habéis hecho por mí, por el pobre Passepoil, á quien no conocíais? ¡Oh Maturina! ¡Mi brazo, mi espada, mi vida os pertenecen! En el mundo entero no hay más que dos seres que compartan eso con vos: Lagardère y Cocar!...

Al acordarse de su compañero de armas se le oprimió la garganta y se contrajo su rostro. No acertó á pronunciar entero el nombre. Tras un momento de dolor, en que se le humedecieron los ojos, se dominó en parte y prosiguió:

—Desgraciadamente, no... ¡Mi hermano, mi noble amigo no existe! ¡Ah!... ¡Á vos, Maturina, no os olvidaré nunca! ¡Os amo!

El amor le tornó elocuente, y en breve los corazones de ambos palpitaban dulcemente á impulsos de la felicidad y la esperanza; la vieja volvía, y exclamó desde la puerta:

—¡Hola, corderitos! Es muy hermoso amar se; pero es necesario que nuestro herido pierse en levantarse y en buscar á su amigo. ¡Eal! Cuando le encontréis vendréis juntos á preguntarme noticias de Maturina. Mientras tanto, ahí tenéis vuestros vestidos secos. Ven, muchacha, para que se vista.

Comieron. La normanda quiso devolver á

su amado el dinero que sacó del bolsillo á la *Bizca*, pero el diestro exigió que lo guardara para sí.

Un cuarto de hora después tomaba el camino del palacio de Nevers, y la felicidad que sentía le hacía casi no pensar en su amigo.

El gascón se paseaba precisamente por el patio jurando y maldiciendo, muy enojado consigo mismo por no poder llorar. Cuando los dos antiguos amigos halláronse cara á cara quedaron por un momento estupefactos: por poco caen de espaldas, como si recíprocamente se considerasen espectros. Al fin, con precisión y espontaneidad admirables se acercaron y se abrazaron.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Te había creído muerto, pichón.

—Yo tampoco creí volver á verte. ¿Quién te ha salvado?

—¡Cocardasse se basta para salvar á Cocardasse! ¿Y á ti, pequeño?

—¡Una mujer, mi noble amigo! ¡Un ángel á quien amaré hasta morir!

—¡Tunante de Passepoill! ¡Siempre encuentra alguna mujer!

—¡Siempre, mi noble amigo! ¡Es tan agradable deber la vida á una mujer que le ama á uno!

—¡Bah! ¡Ríete de eso. Después del vino, no hay cosa como la amistad!

No mataron el mejor de los terneros para celebrar la vuelta de Passepoil; pero todos en el palacio se alegraron muchísimo de volver á ver al que por testimonio de Cocardasse consideraban muerto.

Aquella misma tarde, impaciente por echarse á los pies de su adorada, arrastró al gascón á la choza de la vieja, la cual estaba sola en su domicilio. Júzguese del asombro del normando.

—Maturina se ha ido una hora después que vos, sin decirme adónde iba. Quizás la encontréis cualquier día por las calles de París.

Mucho tiempo había de pasar antes de tal encuentro; pero sólo las montañas no se encuentran.

## TERCERA PARTE

---

### EL MIEDO A LAS JOROBAS